



SEMANA NACIONAL XVI DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA 2010

EXPLORACHILE | IDENTIDAD Y TERRITORIO | 14.000 años de historia, una comunidad que se descubre, un futuro en construcción

☎ 56-412661885

✉ explora@udec.cl



-¿Cómo vas amigo mío, todo bien por allá abajo?

El Digüeñe habita en las ramas de los Hualles, donde se halla muy a gusto. El Changle, en cambio, prefiere vivir más cerca de la tierra, entre palos podridos, que son para él un alimento apetitoso y succulento. Ambos hongos son muy amigos, y siempre que pueden, tratan de buscar casa cerca el uno del otro. Se caen bien.

-Otra vez te levantas tarde Digüeñe, cuando ya estamos todos trabajando. Ni siquiera el bullicio de los hermanos Choroyes puede despertarte.

Cada primavera, estos amigos sostenían la misma discusión. Para el Digüeñe no tenía sentido vivir en medio de la naturaleza, si no puedes relajarte a gusto. El Changle, en cambio, creía que cada criatura tenía una tarea que cumplir, y que mientras antes se hiciera, mejor para todos. Sin embargo, y por más que se esforzaban en convencerse mutuamente, los quehaceres de los demás habitantes del bosque no tardaban en distraerlos, y dejaban de recriminarse mutuamente su estilo de vida, para ponerse a comentar lo que estaba haciendo el resto de los animales y plantas.

Es que, con los primeros calores del año, los hermanos del bosque vuelven a sus labores, y es tanto el trajín que recorre la naturaleza, que se hace difícil no prestar atención, sobre todo si vives en un Hualle, porque es allí donde se concentra toda la acción.

En el bosque chileno, las lluvias y el frío del invierno iban quedando atrás. La tierra, agradecida de la humedad, preparaba su mullido colchón para los brotes nuevos de cada año y los días, cada vez más largos, acariciaban con sus luces la tupida vegetación para despertar a los árboles dormidos. Una vez más, la primavera desperezaba a las criaturas, y desde el interior del bosque podía oírse el creciente murmullo de los insectos y animales que lo habitaban.

En medio de esta renovada actividad, se hacía cada vez más difícil, incluso para los más perezosos, estirar el sueño. Hasta el hermano Digüeñe, que como buen parásito siempre despertaba algo tarde, acabó saludando con un bostezo a su colega, el hermano Changle.

Para los hermanos del bosque, el Hualle es como una gran plaza. Incluso mejor, porque las plazas de los hombres tienen un solo piso, en cambio el Hualle es muy alto, con muchas ramas y rincones en su corteza, así que funciona como un gran parque, en donde todos los animales encuentran algo que hacer.

Ambos hongos pasaban el día hablando sobre lo que ocurría a su alrededor. El Digüeñe charlaba desde lo alto del Hualle, con las aves y los insectos voladores, mientras su camarada el Changle conversaba con las criaturas que deambulan a ras del suelo, como el Caracol Gigante. Al final del día, y a menudo entre carcajadas compartidas con otros hermanos del bosque, charlaban, unas veces bromeando y otras en la más completa seriedad, sobre los eventos más notables de la jornada.

Este pasatiempo, que es también muy propio entre vecinos humanos, les había llevado a convertirse en una suerte de recaderos y periodistas del bosque. Los animales no dudaban en acudir a estos hongos para informarse, y aunque cueste creerlo si los juzgamos por su modesto tamaño, confiaban y respetaban mucho a este par de parlanchines. Esa primavera, mientras daban curso a una de sus tantas conversaciones, el Digüeñe y el Changle advirtieron algo fuera de lo común. Si bien los habitantes del bosque habían reanudado su ajetreo, como todos los años, se hizo evidente que algo no estaba funcionando del todo bien. Los últimos días, los animales se veían desgastados y preocupados, más pálidos y decaídos.

-¿Notaste, colega, cómo nuestra hermana Madre de la Culebra pasó hoy tan apurada, que apenas nos saludó?- dijo el Changle.

-No fue la única- respondió desde lo alto el Digüeñe- esta tarde vinieron a verme sólo tres Choroyes, cuando antes las bandadas apenas si dejaban ver el Sol. Encima, en vez de instalarse a bromear y cantar, como siempre lo hacen, estaban tan callados como un Pudú que se esconde del Puma. Muy raro.

El Digüeñe continuó señalando cómo este año no sólo los Choroyes bromearon menos, sino que además el Copihue no había lustrado su traje, y que incluso el enamorado Picaflor no coqueteaba sonriente con las flores silvestres y suspiraba mirando el cielo desde una rama, como si ya no le interesase para nada el amor.

Si graves estaban las cosas arriba donde el Digüeñe, abajo, comentaba alarmado el Changle, los asuntos no marchaban mejor. Esa mañana, el Puma, dejando de lado su natural gallardía y majestuosidad, había pasado horas echado, meneando sus garras en el arroyo. Como si fuera poco, un Pudú poco precavido, que ramoneaba cerca de allí, casi le pisa la cola, sin que el cazador se diera por enterado.



Mientras discutían ese, y otros casos parecidos, la Madre de la Culebra, que hacía su camino de regreso, se detuvo en el Hualle que habitaban nuestros amigos. Agotadísima, se lamentaba:



-¿Dónde pondré este año mis huevos? ¿Qué van a comer mis hijos si no hallo troncos podridos para que se alimenten cuando nazcan? ¡Ay! Esto es muy grave.

-¡Chis! Al menos tienes algo para ti, Madre de la Culebra -le contestó chapoteando Carmelita Tigre desde el arroyo- lo que es yo, estuve todo el día removiendo el fondo del río. ¿y qué crees? Ni una sola larva oye, si esto continúa, tendré que comerme las botas que dejó en un recodo un pescador.

En eso, fueron arrimándose al Hualle otros animales, cada cual aquejado por distintos pesares. Esta vez, los colegas más habladores del bosque, callaban. Atentos, trataban de aliviar las penas de los otros hermanos del bosque escuchando, que es lo más que puede hacer un hongo. Y si bien esa noche se reunió de nuevo un buen grupo de criaturas en torno al Hualle, la conversación fue la más triste de las que haya habido jamás bajo ese árbol, o cualquier otro de en ambas orillas del Biobío.

Entre los muchos quebrantos que se oyeron esa noche, hubo uno en particular, que dejó helados a todos los asistentes de la improvisada reunión. Comenzó bien despacio, pero muy claro. Una voz grave, añosa, parecida al sonido del viento al pasar entre las ramas del Hualle, se fue haciendo poco a poco más audible, hasta que nuestros amigos se dieron cuenta:

-¡Es el hermano Hualle! ¡Ha despertado!

Aunque suene extraño, los árboles hablan, y mucho. Pero, como son de una naturaleza más calma que el resto de los hermanos del bosque, tienen un lenguaje más lento, imperceptible casi, aunque no por eso menos animado. Agitadas discusiones entre Araucarias suelen tomar siglos, y es sabido que los Aterces demoran años en articular unas pocas palabras. Por eso pareciera como si callaran, aunque rara vez lo hacen.

De entre todos los árboles, las criaturas del bosque estiman especialmente al Hualle. Como una abuela cariñosa, el Hualle siempre tiene algo para convidar al que se acerque, y los animales se dan cita, en gran variedad de especies, en torno a éste árbol. Por eso, cuando el Hualle tomó finalmente la palabra, se hizo en el bosque el más absoluto silencio. Ni siquiera los Grillos se atrevieron a perturbar la calma que reinó cuando el venerable comenzó a contarle a las criaturas lo que le aquejaba.

-Hijos míos comenzó diciendo el Hualle- si no me dirijo a ustedes tan seguido, no es porque evite sus conversaciones. Tienen que entender que para un árbol, hablar tan rápido como lo estoy haciendo ahora, es un enorme esfuerzo. Pero una gran sombra se cierne sobre nosotros, y es menester que les hable con las pocas fuerzas que me quedan.

-Los Hualles dijo- mantenemos larguísimas conversaciones con los que nos rodean, de eso vivimos. Interactuamos con otras especies, y esa interacción da lugar a la fantástica biodiversidad de la Región del Biobío. Amparados en el ciclo que se da bajo nuestra custodia, es que crecen nuestros amigos más pequeños. Sin embargo, el hombre, que a veces olvida que es también un hermano del bosque, ha puesto en peligro, sin saberlo, este delicado equilibrio. Nosotros los Hualles somos, a pesar de nuestra apariencia, el eslabón más débil de la gran cadena que formamos, ya que son muchos los que caen cuando nosotros caemos.

El leñoso Hualle se detuvo un momento para tomar aliento, y el Digüeñe aprovechó la pausa para agregar:



-Los que me han echado en cara alguna vez que soy un parásito del Hualle, porque me alimento de su savia, han de saber que no lo hacen mucho mejor que yo. Todos ustedes, queridos hermanos, dependen en gran medida de la existencia de éste árbol.

Sacando fuerzas de flaqueza, el Hualle volvió a hablar, ahora con voz muy tenue:

-Lamento decirles, hermanos del bosque, que los dolores que hoy los aquejan, se deben a que nosotros los Hualles no hemos podido cumplir a cabalidad con la misión que se nos ha encomendado. Este año hemos debido buscar agua mucho más profundo que de costumbre, y es probable esta primavera, muchos Hualles no alcancemos a reverdecer, es decir, no volveremos a despertar del invierno nunca más.

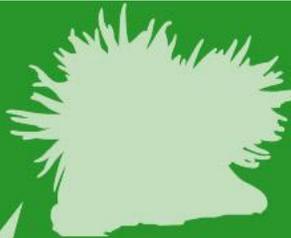
Dicho esto, el agotado Hualle se desmayó, si es que puede decirse algo así de un árbol.

Pocas palabras servirían para describir el pánico de quienes tuvieron la fortuna, o falta de ella, de estar presentes en ese momento. El bosque entero perdió los estribos, y entre una nube de pelos, plumas y garras, los animales corrían de aquí para allá desesperados.

-¡Qué será de mí! ¿Dónde cazaré ahora? gritaba el Puma.

El Monito de Monte saltaba de rama en rama, sus grandes ojos contaban la pena de éste tímido animal. Otro retraído, el Pudú, era afectado por un desconsolador ataque de hipo. Ni el abrazo del Copihue pudo calmarlo. Tan absortos estaban, que ni el hediondo desahogo del Chingue, que aguantó lo más que pudo, pudo sacarlos de su estado.

En ese caos, los únicos que mantuvieron la sangre fría fueron, evidentemente, los hongos. Y como conocían bien a cada uno de los hermanos del bosque, precisamente por vivir en un Hualle, se hicieron oír, esta vez en serio:



-¡Aún hay bosque, ciudadanos! exclamó, patriota, el Changle.

Es que, por increíble que parezca, el Digüeñe y el Changle tenían una idea. Y así, un poco improvisando, un poco echando mano a su innegable experiencia, y sobre todo apelando al respeto que las criaturas del bosque tenían por este par de audaces parlanchines, nuestros amigos Digüeñe y Changle fueron capaces de exponer un plan.

O, bueno, algo parecido a un plan. Porque la verdad sea dicha, ellos también dudaban y tenían miedo. La idea era bastante simple, pero atractiva. -Bien explicaba el Digüeñe a los animales reunidos en torno a él- creo que está bien claro que sin el Hualle, no hay nada más que hacer aquí.

-Si no vuelve a cubrirse de hojas para esta primavera agregó el Changle, más pragmático que su amigo- no se renovará el ciclo y de nosotros no quedará nada bueno.

Así que -finalizó el anaranjado Digüeñe- si al Hualle no le salen hojas, nosotros, en agradecimiento por los años en que él nos ha cuidado, se las daremos. Hermanos del bosque, corran la voz, que cada criatura a la que el Hualle alguna vez hizo un favor, traiga consigo una hoja. Cuando nos juntemos, siendo tantos ¡le devolveremos el color a su follaje!

No alcanzó el Digüeñe a terminar estas palabras, cuando ya los animales ponían manos, y patas, a la obra. Gracias a un par de hongos, el bosque vibraba nuevamente de actividad. Las aves llevaron la noticia a los confines más remotos del bosque, y desde todas partes comenzó a llegar la ayuda. Los Chucaos y los Picaflores iban y venían con sus pequeños cargamentos. Las hormigas formaron una larga y ordenada cadena de transporte. Estaban muy orgullosas, porque la organización siempre ha sido su especialidad. Por su parte, las tenazas del Cangrejo Tigre resultaron de gran utilidad recortar las hojas que envió la Nalca, que estaban demasiado grandes.

Daba gusto ver tanta disposición a colaborar, y no temo equivocarme si digo que esta ha sido la única ocasión en que se ha visto a Pudúes y Huemules trabajar codo a codo con el Zorro y el Puma. Poco a poco, un gran montón verde se fue acumulando en torno a cada Hualle. Arañas de todos tipos subían y bajaban, cosiendo cada hoja en su lugar. Y si por casualidad alguna mosca caía atrapada entre tanto hilo, presurosas acudían a rescatarla.

Cuando amaneció, y la luz del sol iluminó a los Hualles, estos reflejaron todas las tonalidades de verde que es posible imaginar. Muy cómodos con su traje nuevo, los Hualles aprovechaban cada brisa para lucir sus nuevos colores. Estaban contentos, porque gracias a la ayuda de todos los animales, podía comenzar, una vez más, la primavera.



Fin